Celebrar al eterno en el tiempo

José Antonio Goñi Beásoain de Paulorena

Dios eterno ha tocado nuestra historia para ofrecernos su misma vida, liberándonos de la esclavitud del pecado y de la muerte, máxima expresión de nuestra caducidad. La historia de la salvación, y particularmente su culmen, esto es el misterio de Cristo, es por tanto un evento a celebrar para que mantenga siempre su actualidad y la eternidad siga viva en nuestra temporalidad. Por medio de estas líneas, queremos acercarnos al concepto del tiempo para descubrir cómo Dios se ha hecho presente en nuestra historia y cómo actualizamos esta actuación divina en la celebración litúrgica para que siga operante en todos los creyentes.

1. Dios es eterno

Dios es eterno[1]. La eternidad es uno de los atributos divinos. De modo que Dios no está sujeto al tiempo, por tanto no tiene ni principio ni fin: es perpetuidad sin principio y sucesión ni fin. Por una parte, nunca hubo un momento en que Dios no existiera y, por otra parte, Dios nunca dejará de existir.

Podríamos decir que él mismo se denomina a sí mismo «el eterno», cuando en la teofanía del Horeb, Moisés le pregunta su nombre. «Yo soy el que soy», responderá (Ex 3,14-15). Dios simplemente «es». Es un eterno presente. En él no hay sucesión de tiempo, ni medición de duración. Y de modo semejante se le revela al apóstol san Juan en la visión del Apocalipsis: «Yo soy el Alfa y la Omega, el que es, el que era y ha de venir» (Ap 1,8). El ser humano reconoce esta eternidad de Dios y así, por ejemplo, nos dicen diferentes salmos: «Antes que naciesen los montes o fuera engendrado el orbe de la tierra, desde siempre y por siempre tú eres Dios» (Sal 89 [90],2); «Mil años en tu presencia son un ayer que pasó; una vela nocturna» (Sal 89 [90],4); «Tú, en cambio, eres siempre el mismo, tus años no se acabarán»

[1] Cf. T. Stancati, «Eternidad», en *Diccionario teológico enciclopédico*, Verbo Divino, Estella [3]1999, 343-344.

(Sal 101 [102],28). O encontramos cientos de oraciones que comienzan con el vocativo: «Dios eterno [...]». Esta eternidad divina fue recogida, además, en la fe de la Iglesia. Así lo profesa, por ejemplo, el Símbolo pseudo-atanasiano *Quicumque*: «Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo. Y sin embargo, no son tres eternos, sino un solo eterno» (DH 75).

2. El hombre: ser temporal

A diferencia de Dios, el ser humano vive en el tiempo, es temporal: nace y muere[2]. El hombre vive sujeto a la sucesión de minutos, horas, días, meses, años... Su momento presente tiene un pasado y un futuro.

3. ¿Qué es el tiempo?

El intento de comprender «el tiempo», su significado, por qué estamos inmersos en un sistema temporal, excede nuestra capacidad. El tiempo es una realidad que parece haber evadido todos nuestros intentos por encontrar una explicación totalmente racional. Ya san Agustín, consciente de esta imposibilidad, escribió: «¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé»[3]. No resulta extraño, por tanto, que en algunas culturas de la antigüedad lo consideraran como una de sus múltiples divinidades[4]. Sin embargo. el tiempo no es un dios, sino que ha sido creado por Dios como modo de lo finito. Y Dios coexiste con todo tiempo, lo sustenta y lo dirige. En nuestro deseo por comprender qué es el tiempo contamos con nuestra propia experiencia: el tiempo avanza en nuestra vida. Podemos afirmar que «el tiempo de una persona se identifica con la continuidad sucesiva de sí misma como individuo, con su devenir que se unifica con su identidad de ser humano»[5]. Por tanto, la relación que tenemos con el tiempo no es puramente intelectual sino vital. Y a partir de experiencia vital percibimos que el tiempo en sus procesos astronómicos configura nuestro tiempo histórico, que a continuación describiremos.

[2] Cf. C. Dotolo, «Tiempo/Temporalidad», en *Diccionario teológico enciclopédico*, 978-979.

[3] *Sancti Augustini Confessionum libri XIII*, Lib. XI, 14, 17, edd. M. Skutella-L. Verheijen (CCSL 27), Brepols, Turnholti 1981, 202.

[4] Cf. M.-L. Von Franz, *L'esperienza del tempo. Il dio arcano che presiede alla vita*, TEA, Milano 1997, 9.

[5] M. Augé, *A través del Año Litúrgico. Cristo mismo presente en su Iglesia* (Biblioteca Litúrgica 49), Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2016, 34.

3.1. *Tiempo astronómico*

El tiempo astronómico es aquel que rige el cosmos. De la observación de los astros — movimiento del sol, de la luna, de la tierra — surgen diferentes medidas temporales: año, mes, semana, día, hora. En la antigüedad, las diferentes culturas establecieron diversos criterios para su cálculo o para establecer su comienzo y conclusión. Vamos a exponer la configuración actual, teniendo en cuenta su sustrato judío y greco-romano.

3.1.1. *Año*

Observando el cielo, los cambios de estrellas en el transcurso de los días, el cambio de las estaciones — en aquellos lugares donde las hay — descubrimos que este ciclo se repite periódicamente. Ciclo que conocemos con el nombre de «año».

El año es el tiempo que tarda la tierra en dar la vuelta alrededor del sol: 365 días, 5 horas, 48 minutos y 45,16 segundos. Para ajustar este dato con un cómputo exacto, un año se considera 365 días, aunque cada cuatro años se añade 1 día al año (bisiesto), salvo los años centenarios (100, 200, 300...) a no ser que sean múltiplos de 4 (400, 800, 1200...). El año civil comienza en la actualidad el 1 de enero. Aunque no siempre ha sido así a lo largo de la historia y en las diferentes culturas. El año hebreo, en la época anterior al exilio, comenzaba en otoño, en el mes de Tisri (cf. Ex 23,16; 34,22); el año nuevo se celebraba junto con la fiesta de las Tiendas para recordar la creación del primer hombre, que según la tradición judía, ocurrió en otoño. Más tarde, se pasó el comienzo a primavera (marzo-abril), al mes de Nisán (cf. Ex 12,2), quizá por influencia babilónica que tenían fijado en ese mes el inicio de su año religioso; también de la nomenclatura de los meses de Babilonia tomaron el nombre de ese mes, pues previamente se denominaba «Abib» (cf. Dt 16,1; Ex 13,4). Por otra parte, el año civil romano comenzaba inicialmente el 1 de marzo. Sin embargo, a partir del año 153 a.C. los nuevos cónsules comenzaron a tomaron posesión de su cargo el 1 de enero, considerándose desde entonces el inicio oficial del año en el Imperio romano.

3.1.2. *Mes*

Otro de los fenómenos astronómicos que se descubren de la observación del cielo son las diferentes fases de la luna: nueva, creciente, llena, menguante, que se producen por la traslación de la luna alrededor de la tierra. Un período completo de estas fases fue denominado «mes». El mes lunar tiene 29 días, 12 horas, 44 minutos y 3 segundos. Sin embargo, en nuestro

sistema temporal actual, el mes ya no corresponde a este mes lunar. En la antigüedad, para poder ajustar estos 29 días y medio a un cómputo exacto establecieron meses de 29 y 30 días, que discurrían alternativamente a lo largo del año. Así, un año tendría 12 meses, que sumaba 354 por lo que algunos pueblos establecieron la incorporación periódica de un tricésimo mes para ajustar el desfase. Entre ellos los judíos que lo añadían siete veces en un ciclo de 19 años. Para los judíos el mes comenzaba con la luna nueva. Y una cuarta parte del mes, más o menos, fue denominada «semana».

3.1.3. *Día*

Al mirar al cielo, vemos cómo sale el sol, va avanzando por la órbita celeste, llega a su cénit, y declina hasta que oscurece. Y, pasada la noche, vuelve a salir. Este arco de tiempo que tarda la tierra en dar una vuelta sobre sí misma, se conoce con el nombre de «día». En la cultura hebrea el día comienza al atardecer, cuando se ven las primeras estrellas. Así lo leemos en las primeras páginas de la Biblia: «pasó una tarde, pasó una mañana, el día primero... pasó una tarde, pasó una mañana, el día segundo...» (Gn 1,1ss.).

3.1.4. *Hora*

Los romanos dividían el día en dos partes: tiempo de luz y tiempo de oscuridad. Las horas de luz se subdividían en doce partes, llamadas «horas». Éstas eran más largas o más cortas según fuera verano o invierno, según hubiera más o menos horas de luz. Las horas de oscuridad se componían de cuatro vigilias. Con el tiempo, la subdivisión de las horas de luz se aplicó también a las de oscuridad, dando lugar a las 24 horas en las que dividimos actualmente el día.

3.2. *Tiempo histórico*

El tiempo histórico es el tiempo de los hombres, el tiempo que surge con el fluir de los acontecimientos, el tiempo que pasa. Este tiempo histórico podemos vivirlo lineal, circular o discontinuamente[6].

3.2.1. *Visión lineal*

En una concepción lineal del tiempo éste es contemplado como una sucesión de eventos, dando lugar a un pasado, un presente y un futuro. Esto

[6] Cf. O. CULLMANN, *Cristo en el tiempo* (Teología sistemática), Cristiandad, Madrid 2008, 69-80.

es, se distingue el tiempo actual (presente), del tiempo vivido (pasado) y el tiempo por venir (futuro).

3.2.2. *Visión circular*

El pensamiento griego concibe el tiempo cíclicamente, volviendo continuamente a repetirse. Vuelven las estaciones, vuelven algunos acontecimientos históricos, vuelven las crisis sociales o económicas, vuelven las modas, etc. El tiempo está dominado por la ley del eterno retorno, según la cual los mismos eventos se reproducen una y otra vez, sin tener como objetivo ningún fin. En palabras de Qohelet:

> Lo que pasó volverá a pasar; lo que ocurrió volverá a ocurrir: nada hay nuevo bajo el sol. De algunas cosas se dice: «Mira, esto es nuevo». Sin embargo, ya sucedió en otros tiempos, mucho antes de nosotros (Eclo 1,9-10).

3.2.3. *Visión discontinua*

Hoy en día se vive el tiempo de un modo discontinuo del tiempo. Ya no se percibe el tiempo como la memoria de un pasado, la manifestación de un presente y el diseño de un futuro. Sino que el tiempo se ha convertido en un espacio vacío que debe ser llenado con todo tipo de actividades. Ya no se habla de «tiempo», sino de «tiempos». Se da una fragmentación que cosifica el tiempo. El tiempo está siempre planeado. Y no se deja espacio para que tomen protagonismo sus posibilidades relacionales con uno mismo o con otros, o para que despliegue su dimensión de misterio, quedando enjaulado en una compresión productivo-eficientista.

4. El tiempo en la Sagrada Escritura

En la traducción griega de los LXX y en el Nuevo Testamento encontramos tres vocablos para referirse al tiempo con diferente trasfondo teológico: *chrónos*, *kairós* y *aiôn*.[7] Además, la Sagrada Escritura describe el arco temporal de la historia de la humanidad, desde la creación, en el Génesis, hasta la transformación definitiva de todo lo creado, en el Apocalipsis. Y la Biblia comienza y termina con unas afirmaciones temporales: «Al principio Dios creó el cielo y la tierra» (Gn 1,1); «Sí, vengo pronto» (Ap 22,20).

[7] Cf. J. Muilenburg, «The biblical view of time», *HThR* 54 (1961) 225-252; J.T. Nelis-A. Lacocque, «Tiempo», en *Diccionario enciclopédico de la Biblia*, ed. Centro: Informática y Biblia abadía de Maredsous, Herder, Barcelona 1993, 1509-1511; A. Petitjean, «La concezione ebraica del tempo», *RB* 26 (1978) 401-421.

4.1. «*Chrónos*»

Chrónos[8] define formalmente un momento, esto es, un espacio de tiempo con una duración precisa. De modo que *chrónos* significaría «tiempo» en el sentido más común del término: el tiempo en general, el tiempo en su curso, el tiempo que pasa. En el Antiguo Testamento, que en hebreo corresponde a más de un vocablo, aparece unas 100 veces y unas 54 veces en el Nuevo Testamento. En la concepción bíblica hay un tiempo — *chrónos* — para los hombres y otro tiempo — *chrónos* — para la actuación de Dios (cf. Gn 26,1.15; Is 54,9; Hch 1,21; 1Cor 7,39; Gal 4,1; 1Pe 1,17). Sin embargo este *chrónos* humano ha cambiado con el nacimiento de Cristo que ha entrado en nuestro tiempo: «Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial» (Gal 4,4-5). La aparición de Cristo lleva, de una vez por todas, el tiempo a plenitud, esto es, el tiempo de los hombres ha sido invadido por la acción divina, señalando un tiempo previo a Cristo y un tiempo después de él (cf. Hch 17,30; 1Pe 1,20; 4,1-3). Pero este tiempo no es definitivo ya que esperamos «el tiempo de la restauración universal» (Hch 3,21).

4.2. «*Kairós*»

Kairós[9] es un momento puntual, un instante privilegiado, una ocasión propicia. *Kairós*, que corresponde al vocablo hebreo *'et*, aparece unas 300 veces en los LXX y en torno a 85 veces en el Nuevo Testamento. Los profetas aplican el término cuando hablan del día del Señor (cf. Jr 3,17; 4,11; 8,1; Dn 12,1). También aparece para señalar los momentos puntuales en los que Dios interviene en nuestra historia para ofrecer su salvación, bien en el Antiguo Testamento, bien en el Nuevo (cf. Is 28,23-29; Jr 8,7; Ez 16,8; y sobre todo Sir 3; Mc 1,14; Lc 12,54; Lc 19,44; Rm 13,8; 2Cor 6,1...). Fundamentalmente, en la teología bíblica se reserva *kairós* para indicar los dos acontecimientos más importantes de la historia de la salvación: la liberación del pueblo judío de la esclavitud que vivía en Egipto, en el Antiguo Testamento; la encarnación y el nacimiento del Hijo de Dios, en el Nuevo Testamento.

---

8 Cf. CULLMANN, *Cristo y el tiempo*, 67-68; H.-Ch. HAHN, «Tiempo (*chrónos*)», en *Diccionario teológico del Nuevo Testamento*, vol. 4, edd. L. Coenen-E. Beyreuther-H. Bietenhard (Bibliotheca de Estudios Bíblicos 29), Sígueme, Salamanca 1984, 272-276.

9 Cf. CULLMANN, *Cristo y el tiempo*, 55-62; HAHN, «Tiempo (*kairós*)», *Diccionario teologico del Nuevo Testamento*, vol. 4, 267-272.

4.3. *«Aiôn»*

Aiôn[10] indica la dimensión temporal de la vida humana, el tiempo vivido y el tiempo por vivir. Se refiere, por tanto, bien al pasado, bien al futuro. En los LXX aparece unas 450 veces, y traduce el término hebreo *'ôlan*, y en el Nuevo Testamento lo encontramos unas 100 veces. Hace mención a la duración del tiempo con cierta extensión. En la literatura neotestamentaria, normalmente, Cristo marca la distinción entre el *aiôn* pasado, de pecado e imperfección, y el *aiôn* futuro, donde el pecado ha sido vencido y los justos reciben su premio (cf. Mt 12,32; Jn 3,15ss; 5,24; 17,3; Rm 2,7; 6,22-23; Gal 1,4; 4,4; 6,8).

5. Cuando el «Eterno» toca el tiempo

Dios vive en un presente infinito. No tiene ninguna relación con el tiempo. Sin embargo, «ha dejado» su inmanencia para «tocar» nuestra historia y convertir el tiempo de los hombres -sea lineal, sea circular, sea discontinuo- en tiempo salvífico. El Dios eterno ha pasado a ser el Dios con nosotros. El tiempo humano se ha convertido en tiempo sagrado. La revelación bíblica no niega el tiempo del hombre, ni lo disuelve en la eternidad sino que le da una consistencia nueva y superior. De este modo coexisten eternidad y temporalidad, un hecho que la tradición denominó *aeviternidad* (de la unión de *aevum* — en su significado de tiempo — y de *aeternitas*)[11].

5.1. *El Antiguo Testamento: el tiempo de la preparación*

La Biblia recoge la progresiva revelación de Dios a la humanidad. El pueblo de Israel tiene la experiencia de un Dios que interviene en su historia. A diferencia de otros pueblos que se ponen en busca de la divinidad, el pueblo de Israel vive la experiencia contraria: Dios sale en búsqueda del ser humano, que ha creado, porque quiere reestablecer la amistad que el pecado había roto y compartir con él la plenitud de su vida.

Así, Dios sale al encuentro de la humanidad por medio de la elección de Abrahán y le manda ponerse en camino (cf. Gn 11, 1-3; 15, 1-5). Desde entonces Dios fue guiando al pueblo, constituido de la descendencia de Abrahán, hacia la tierra prometida. Y el pueblo experimenta la cercanía de ese

[10] Cf. CULLMANN, *Cristo y el tiempo*, 62-66; J. GUHRT, «Tiempo (*aiôn*)», *Diccionario teologico del Nuevo Testamento*, vol. 4, 262-267.

[11] Cf. R. GUARDINI-L. BOUYER, *Cristo, nuestra Pascua. Liturgia y misterio*, ed. A. Berlanga (Cuadernos Phase 226), Centre de Pastoral Litúrgica, Barcelona 2015, 43-47.

Dios, por un lado todopoderoso, pero por otro cercano: Dios con nosotros, Emmanuel (cf. Dt 4, 7; Sal 45 [46], 11; Sal 120 [121]; Es 33, 7. 9. 11; Is 41, 1-5; Is 43, 1-7). Cobra un valor especial la liberación de Egipto con la fiesta de la Pascua (Es 12, 1-13), que repetirán anualmente para actualizar esa liberación (cf. Es 12, 14. 24-25). Dios hace alianza en el Horeb (Dt 5, 2). Y le da sus normas y leyes (Dt 5, 1). Aunque les promete una alianza definitiva (cf. Ez 36, 24-28). En este proceso, Dios se va revelando al pueblo y progresivamente, les va comunicando su ser, les va haciendo partícipes de su vida.

5.2. *Cristo: plenitud del tiempo*

Cuando toda esta preparación llega a cumplimiento, Dios envía a su Hijo al mundo, para llevar a plenitud la historia de la salvación (cf. Gal 4, 4-6; Lc 4, 16-21). Esta intervención cumbre de la historia de la salvación ocurre en un momento concreto de la historia. Dios actúa en la historia entrando en nuestra historia. El anuncio del *Martirologio* del día 25 de diciembre resalta esta historicidad del nacimiento de Cristo, situándolo en referencia a diferentes hechos históricos:

> Pasados innumerables siglos desde de la creación del mundo, cuando en el principio Dios creó el cielo y la tierra y formó al hombre a su imagen; después también de muchos siglos, desde que el Altísimo pusiera su arco en las nubes tras el diluvio como signo de alianza y de paz; veintiún siglos después de la emigración de Abrahán, nuestro padre en la fe, de Ur de Caldea; trece siglos después de la salida del pueblo de Israel de Egipto bajo la guía de Moisés; cerca de mil años después de que David fue ungido como rey, en la semana sesenta y cinco según la profecía de Daniel; en la olimpíada ciento noventa y cuatro, el año setecientos cincuenta y dos de la fundación de la Urbe, el año cuarenta y dos del imperio de César Octavio Augusto; estando todo el orbe en paz, Jesucristo, Dios eterno e Hijo del eterno Padre, queriendo consagrar el mundo con su piadosísima venida, concebido del Espíritu Santo, nueve meses después de su concepción, nace en Belén de Judea, hecho hombre, de María Virgen: la Natividad de nuestro Señor Jesucristo según la carne.

El Antiguo Testamento es preparación para Cristo, culmen de la historia de salvación, centro y sentido de la historia:

> En el principio existía el Verbo, y el Verbo estaba junto a Dios, y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio junto a Dios. Por medio de él se hizo todo, y sin él no se hizo nada de cuanto se ha hecho (Jn 1,1-3). Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente nos ha concedido en el Amado (Ef 1,3-5).

Con Jesús se produce el *kairós* definitivo, que separa los eones del pasado y del futuro, modificando el *chrónos* de la historia. Y comienza el tiempo definitivo, el *aiôn* definitivo. De algún modo, el mismo Jesús lo afirmará cuando inicia su vida pública y comienza su predicación:

Después de que Juan fue entregado, Jesús se marchó a Galilea a proclamar el Evangelio de Dios; decía: «Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios. Convertíos y creed en el Evangelio» (Mc 1,14-15). El tiempo anterior al hecho redentor se comprende a partir de Cristo: «Todo fue creado por él y para él, él es anterior a todo y todo se mantiene en él» (Col 1,16-17). Y con Cristo la revelación de Dios llega a su máximo esplendor. En Cristo se manifiesta de modo excepcional la vida divina. Cristo nos comunicó con palabras y nos mostró con hechos cuáles son los rasgos característicos de la vida divina, esto es, la vida en la que impera el amor y no el pecado y cuya síntesis la encontramos en las bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-12; Lc 6,20-23). El modo de proceder de Jesús incomodaba a los dirigentes judíos que buscaban el modo de matarlo. Y así fue apresado en el marco de la fiesta de Pascua. Tras ser condenado a muerte, entregó su vida por amor, ratificando todo lo que de palabra había anunciado. Y como signo permanente de su muerte salvífica, transformó la cena de Pascua convirtiéndola en el memorial de su amor, instituyendo la eucaristía: el pan pasó a ser su cuerpo entregado por la salvación del mundo; el vino pasó a ser su sangre derramada en la cruz. Pero su muerte no quedó en el silencio. La vida regida por el amor, la vida según el proceder de Dios, no quedó ahogada por el pecado, por la vida según el proceder humano. Sino que Cristo resucitó y fue glorificado. Todo este recorrido de la histórica de la salvación está sintéticamente plasmado en la plegaria eucarística IV:

> Te alabamos, Padre santo, porque eres grande y porque hiciste todas las cosas con sabiduría y amor. A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero, para que, sirviéndote sólo a ti, su Creador, dominara todo lo creado. Y cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, para que te encuentre el que te busca. Reiteraste, además, tu alianza a los hombres; por los profetas los fuiste llevando con la esperanza de salvación. Y tanto amaste al mundo, Padre santo, que, al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste como salvador a tu único Hijo. El cual se encarnó por obra del Espíritu Santo, nació de María, la Virgen, y así compartió en todo nuestra condición humana menos en el pecado; anunció la salvación a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo. Para cumplir tus designios, él mismo se entregó a la muerte, y, resucitando, destruyó la muerte y nos dio nueva vida. Y porque no vivamos ya para nosotros mismos, sino para él, que por nosotros murió y resucitó, envió, Padre, al Espíritu Santo como primicia para los creyentes, a fin de santificar todas las cosas, llevando a plenitud su obra en el mundo.

A partir de Cristo, el señorío de Dios camina hacia un tiempo final, el tiempo definitivo de Cristo en el que como afirma Pablo «Dios será todo para todos» (1Cor 15, 28). Cristo es Señor del tiempo[12].

6. Celebrar las intervenciones del eterno en nuestro tiempo

Las continuas intervenciones de Dios en la historia de la humanidad, particularmente los *kairoi* de índole salvífica, han sido actualizadas por el pueblo de Israel, primero, y por la Iglesia, después.

6.1. *El ritmo celebrativo del pueblo de Israel*

El pueblo judío celebraba en el tiempo las intervenciones de Dios, dando al culto un ritmo temporal conectado con los ritmos cronológicos. Estas celebraciones son una prefiguración del culto cristiano. A lo largo del año el pueblo de Israel revive los encuentros con Dios, volviéndolos a hacer salvíficos, principalmente la Pascua (cf. Dt 16,1-17; Lv 23). Cada mes se inicia con las fiestas de la luna nueva (*neomenias*) (cf. Nm 28,11-15; Ez 46,6-7; Am 8,4-5a). Semanalmente hay un día — el sábado — dedicado al descanso y al culto divino, imitando al creador que el séptimo día descansó (cf. Gn 1; Ex 20,8-11). Además, la semana, de institución divina tal y como encontramos en el relato de la creación, es importante en el ritmo cultual judío. Así, una semana de años concluye con el año sabático, año en que debían liberarse a los esclavos y los deudores, y dejar descansar la tierra (cf. Ex 21,2; Dt 15,1ss; Lv 25,3s). La fiesta de los ázimos y de los tabernáculos, así como la de Pentecostés, duran una semana (cf. Nm 28,16-25). Cada día, tres oraciones — mañana, mediodía y atardecer — marcaban el ritmo de la vida judía.

6.2. *Actualizar la Pascua de Cristo*

Jesucristo hizo partícipes de su victoria sobre la muerte a la humanidad entera. Los discípulos se contagiaron de su vida y de su fuerza tras la resurrección, como nos muestra el libro de los Hechos de los Apóstoles. Ahora bien, este importantísimo *kairós* de Cristo es necesario actualizarlo para que su fuerza salvífica siga operante en las generaciones cristianas a lo largo de la historia. La Pascua de Cristo ha acontecido de una vez para siempre (*ephápax*) pero cada vez que la celebramos (*osákis*) se actualiza

[12] Cf. AUGÉ, *A través del Año Litúrgico*, 46-50.

la obra de nuestra redención (*anámnesis*)[13]. Esta categoría teológica que el cristianismo ha heredado del judaísmo rige la liturgia. San Pablo nos la recuerda cuando describe la celebración eucarística:

> El Señor Jesús, en la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, pronunciando la acción de gracias, lo partió y dijo: «Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros. Haced esto en memoria (*anámnesis*) mía». Lo mismo hizo con el cáliz, después de cenar, diciendo: «Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre; haced esto cada vez (*osákis*) que lo bebáis, en memoria (*anámnesis*) mía». Por eso, cada vez (*osákis*) que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva (*1Cor* 11,24-26).

O como reza la oración sobre las ofrendas del domingo II del tiempo ordinario y de la misa de la cena del Señor del jueves santo: «...pues cada vez que se celebra el memorial del sacrificio de Cristo, se realiza la obra de nuestra redención».

Y el *Catecismo de la Iglesia católica*, en el número 1104, habla al respecto en estos términos:

> La liturgia cristiana no sólo recuerda los acontecimientos que nos salvaron, sino que los actualiza, los hace presentes. El misterio pascual de Cristo se celebra, no se repite; son las celebraciones que se repiten; en cada una de ellas tiene lugar la efusión del Espíritu Santo que actualiza el único misterio.

La anámnesis es una conmemoración objetiva, una re-presentación y una actualización real bajo signos sacramentales, que porta de modo eficaz la gracia salvífica del acontecimiento al que se refiere.

7. A modo de conclusión

La historia de la salvación, y particularmente la encarnación del Hijo de Dios, han transformado el tiempo astronómico y el tiempo histórico en tiempo salvífico. De modo que el tiempo humano (*chrónos*) ya no es una sucesión de días, semanas, meses, años..., ni una sucesión de acontecimientos o un continuo retorno de la historia o una suma de diferentes momentos vividos, sino que se ha convertido en un momento privilegiado en el que, sobre todo a través de la liturgia actualizamos (*annámnesis*) el misterio de Cristo (*kairós*) cada vez (*osákis*) que lo celebramos. Vivimos

[13] Cf. B. Neunheuser (A.M. Triacca), «Memoriale», en *Liturgia*, edd. D. Sartore-A.M. Triacca-C. Cibien, San Paolo, Cinisello Balsamo 2001, 1163-1180; A.M. Triacca, «Tempo e liturgia», en *Liturgia*, 1987-2001.

ya en el nuevo tiempo *(aiôn)* que ha inaugurado Cristo en espera de su retorno glorioso, cuando el tiempo humano se introducirá plenamente en la eternidad de Dios.